



CARMEN NATALIA MARTÍNEZ

ALMA ADENTRO



«*Alma adentro* es una obra pionera, un referente de la gran literatura femenina dominicana.

»Como si se tratara de un diario de vida, la obra comienza situando los mitos infantiles detrás de aquella poesía que debía tener una doxa moral. “En el país de las hadas” se titula el primer gran apartado de esta obra. Los mitos de Caperucita Roja y Blanca Nieves le permiten pensar los paradigmas del bien y del mal, la transformación de cierto destino en negativo, que puede revertirse en cierto bien común.

»Más que llevar una literatura infantil a un plano de adultez, Carmen Natalia lo que hace es preguntarse sobre los alcances de la fantasía en la formulación de cierto buen orden de convivencia social.

»Estamos ante una poética bastante curiosa, única, en la poesía dominicana. Regodeándose en esos planos que igualmente recuperan la inocencia de toda infancia, nuestra autora sabe tocar esos planos de violencia e injusticia social que si bien se han formulado en épocas oscuras de la Edad Media, tampoco tienen por qué seguir sin críticas».

Miguel D. Mena

Carmen Natalia Martínez, más conocida como Carmen Natalia, nació en San Pedro de Macorís, República Dominicana, el 19 de abril de 1917, y falleció en Santo Domingo el 6 de enero de 1976. Fue una destacada escritora, poeta, dramaturga y novelista. También fue periodista, líder feminista y promotora de los derechos de los dominicanos y luchadora antitrujillista. Fue colaboradora de varios periódicos y revistas de Santo Domingo como *La Opinión*, *Listín Diario*, *Analectas*, *La Poesía Sorprendida* y *El Caribe*.

ALMA ADENTRO

POEMAS

CLÁSICOS DOMINICANOS
COLECCIÓN DEL INSTITUTO SUPERIOR DE FORMACIÓN DOCENTE SALOMÉ UREÑA
SERIE III. POESÍA



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

JUNTA DE DIRECTORES

Miembros Ex Officio

Ángel Hernández Castillo Ministro de Educación, Presidente

Francisco Germán De Óleo Ramírez Viceministro de Acreditación y Certificación Docente del Ministerio de Educación / Representante Permanente del Ministro de Educación ante la Junta de Directores

Ancell Scheker Viceministra de Servicios Técnicos y Pedagógicos, Ministerio de Educación

Leonidas Germán Directora General de Currículo, Ministerio de Educación

Francisco Ramírez Director Ejecutivo del Instituto Nacional de Formación y Capacitación del Magisterio (INAFOCAM)

Sixto Gabín Representante de la Asociación Dominicana de Profesores (ADP)

Nurys del Carmen González Rectora, Secretaria

Miembros Intuitu Personæ

Radhamés Mejía Vicepresidente

Ángela Español

Juan Tomás Tavares

Laura Lehoux

Magdalena Lizardo

Rafael Emilio Yunén

José Alejandro Aybar

Pedro José Agüero

Cheila Valera

CONSEJO ACADÉMICO

Nurys del Carmen González Rectora

Carmen Gálvez Vicerrectora Académica

Andrea Paz Vicerrectora de Investigación y Postgrado

Milta Lora Vicerrectora de Innovación y Desarrollo

Aida Roca Vicerrectora de Gestión

Ana Julia Surriel Vicerrectora Ejecutiva Recinto Emilio Prud'Homme

Mercedes Carrasco Vicerrectora Ejecutiva Recinto Juan Vicente Moscoso

Glenny Bórquez Vicerrectora Ejecutiva Recinto Félix Evaristo Mejía

Cristina Rivas Vicerrectora Ejecutiva Recinto Eugenio María de Hostos

David Capellán Vicerrector Ejecutivo Recinto Luis Napoleón Nuñez Molina

Anthony Paniagua Vicerrector Ejecutivo Recinto Urania Montás

Luisa Acosta Caba Directora de Desarrollo Profesional

Vladimir Figueroa Director de Investigación

Ramón Vilorio Director de Recursos para el Aprendizaje

Charly Tolentino Director de Recursos Humanos

Rafael Vargas Representante de los profesores

Alejandrina Miolán Representante de los directores académicos

María Fernanda Evertz Alvarado Representante estudiantil

Maribell Martínez Representante del Viceministerio de Servicios Técnicos y Pedagógicos del Ministerio de Educación

Francisco Ramírez Director Ejecutivo INAFOCAM

CARMEN NATALIA MARTÍNEZ



ALMA
ADENTRO

POEMAS

PRÓLOGO DE MIGUEL D. MENA

ALMA ADENTRO | Carmen Natalia Martínez

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS. Serie III. Poesía

Dirección general Nurys del Carmen González, Rectora

Dirección editorial Miguelina Crespo

Consultora editorial Emilia Pereyra

Línea gráfica colección Ana Zadya Gerardino

Diseño de interiores y portada Julissa Ivor Medina

Diagramación Daniel Bisonó

Corrección Vivian Jiménez

ISBN 978-9945-639-39-1

Para esta edición: © Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña.
Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

Impreso en los talleres gráficos de Editora Búho,
Santo Domingo, República Dominicana, 2024.

ÍNDICE



Presentación.....	9
Prólogo	11

EN EL PAÍS DE LAS HADAS

Caperucita Roja.....	21
Caperucita Azul.....	23
Dulce Blanca Nieves.....	24
Plegaria	25
La Bella Durmiente.....	27
El Patito Feo.....	29

LA HORA AZUL

Mañanita clara.....	35
La siembra.....	37
Resurrección.....	39
Nochebuena.....	41
La mano que da.....	42
Mi risa	43
Invencible.....	45
Haz que florezcan mis manos	47
Darse.....	48
Tu palabra	49

LA HORA GRIS

No digas a nadie	55
Martirio.....	56
El ensueño roto	58

Deja que descanse.....	59
Corazón	61
Hoy soy ave cansada.....	62
Revelación	64
De regreso.....	65
Mi dolor en tus ojos.....	67
La dicha	68
La suprema ley	69
Quiero hallar el misterio.. ..	71
Persuasión.....	72
Las inciertas palabras.....	74
Pobre corazón mío	76
¿Por qué?.....	77
Angustia.....	79

GIRONES DE CIELO

Aleluya.....	83
Mírame	85
Abuelo	87
Ojitos	89
El divino milagro.....	91
Fantasía	94
Arrullo	96
El sublime temor	97
Por el niño	99

Biografía de Carmen Natalia Martínez Bonilla.....	101
---	-----

P R E S E N T A C I Ó N



El Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña (ISFODOSU) tiene el honor de presentarles la «Serie III. Poesía» de su prestigiosa colección «Clásicos Dominicanos». Esta compilación, seleccionada con esmero, consta de diez obras emblemáticas que constituyen hitos en la historia literaria de nuestro país y exhiben la riqueza y diversidad de la lírica dominicana.

La Serie reúne voces icónicas como Salomé Ureña, figura fundacional de la poesía dominicana, insigne educadora que luchó por la igualdad y la justicia; su obra *Poesías* nos conmueve por su sensibilidad y compromiso social. Manuel del Cabral, con su representativo *Compadre Mon*, nos invita a reflexionar sobre nuestra identidad nacional, mientras Pedro Mir, en *Hay un país en el mundo y otros poemas*, nos emociona con su canto a la esperanza y al amor por la patria.

La pasión y el romanticismo de Fabio Fiallo se manifiestan en *Canciones de la tarde*; la renovación poética de Domingo Moreno Jimenes —creador del postumismo, primer movimiento literario dominicano— queda plasmada en *El poema de la hija reintegrada y otros versos*. La fuerza vital y la valentía de Carmen Natalia Martínez Bonilla, voz de la resistencia antitrujillista, se revelan en *Alma adentro*.

Delia Weber, con *Ascuas vivas*, poemario, amplía el registro de las voces femeninas de esta serie y promueve una parte del legado poético de la enérgica defensora

del feminismo. Franklin Mieses Burgos, representante del movimiento La Poesía Sorprendida, nos cautiva con *Clima de eternidad y otros poemarios*. Aída Cartagena Portalatín, de las poetas dominicanas más trascendentales del siglo XX y única mujer que formó parte de La Poesía Sorprendida, nos seduce con *Una mujer está sola y otras poesías*. La obra *Eva en extremaunción*, de Melba Marrero de Munné, una de las composiciones más estimadas de la eximia poeta, corona la Serie.

Cada obra ha sido enriquecida con prólogos de consagrados escritores dominicanos, quienes nos ofrecen una visión profunda y personal sobre cada autor. Agradecemos a Bruno Rosario Candelier, José Enrique García, Federico Henríquez Grateaux[†], Eduardo Gautreau de Windt, Ofelia Berrido, Manuel Matos Moquete, Mateo Morrison, Sabrina Román y Miguel D. Mena, quienes han contribuido con su profuso saber y su entusiasmo a esta iniciativa que busca exaltar el patrimonio bibliográfico de la literatura dominicana.

La producción de la «Serie III. Poesía» ha contado con el inestimable aporte del Comité Editorial de ISFODOSU, cuyos integrantes seleccionaron estas obras fundamentales de la lírica nacional.

Exhorto a estudiantes, docentes, a la comunidad académica y amantes de la literatura a sumergirse en estas páginas, donde podrán descubrir la diversidad de nuestra poesía y encontrar un referente que los inspire en sus propias expresiones artísticas. Estas obras, que invitan a las nuevas generaciones a apreciar la riqueza de la poesía dominicana, forman parte de nuestro catálogo digital de publicaciones, disponible para todos los lectores del mundo, en nuestro portal institucional www.isfodosu.edu.do.

Nurys del Carmen González Durán
Rectora

P R Ó L O G O



Por Miguel D. Mena

A cercarse a la obra de un autor a veces implica un concepto de travesía. La «obra» se nos va desplegando por instancias, dependiendo del condicionamiento social, del acceso a las producciones, los marcos institucionales donde se produce, la visión que se tenga sobre la función de la escritura, del texto.

Le pasó a Carmen Natalia Martínez Bonilla, o simplemente a «Carmen Natalia», como ella prefirió llamarse, tal vez ampliándose ante la mirada del otro en la medida en que se deshacía de sus referencias familiares. Si valoramos la manera en que su obra se ha ido conociendo en nuestro campo literario, tendríamos que destacar esos diferentes hitos.

Curiosamente lo primero en resaltarse de su obra fueron sus últimos escritos. La imagen suya se vinculaba a su actitud contra la dictadura de Trujillo, en aquella Era extendida desde 1930 a 1961. Teníamos entonces a la poeta militante en la antitrujillista Juventud Democrática (1944-1947), a la víctima directa de las tropelías y hasta torturas habituales de aquel régimen, a la exiliada en Puerto Rico, a la retornada a su isla y su activismo social. Si sus dos libros publicados en la Era —*Alma adentro* (1939) y *Veinte actitudes y una epístola* (1945)— tuvieron en su momento una relativa presencia en

la escena literaria, las sombras de la represión y el exilio de que fue víctima la borrarían de cuajo de su propio país en los años 50.

La divulgación de la poesía completa de Carmen Natalia comenzó de lleno después de su muerte. Nombre inexistente en los 50, escurridizo en los 60, porque al parecer se autoexilió en puestos burocráticos, su nombre no aparecía en suplemento ni figuraba de manera pública. El lanzamiento de sus poemas por la Universidad Católica, al parecer, se produjo de manera tan precipitada que ni siquiera se señaló su fecha de edición, aunque fue después de su muerte, en 1976. Título en la solapa y en el interior de la obra discrepan. Mientras en el primer caso leemos *Alma adentro. Obra poética completa, 1939-1976*, en el interior advertimos que el otro título es *Poesías. Obra Poética Completa, 1939-1976*. Si bien se señala al director de la Colección –Danilo de los Santos–, una coordinación –Maricusa Ornes–, y a un corrector –José Alcántara Almánzar–, no hay señal de editor alguno. La obra fue prologada por Pedro Mir, con «Mensaje» y una biografía escrita por Maricusa Ornes.

A la vez que venía «completa», la prensa y la crítica se quedaron varadas en una concepción donde de Carmen Natalia se acentuaba su militancia antitrujillista y su poesía promaternal.

En 1992, con la aparición de su novela *La victoria*, escrita en 1942 y durante esos 50 años inédita, accedemos a un nuevo nivel de sus haceres: el de la narradora puntual, meticulosa, proponiendo una ficción donde lo ético ocupa un lugar preponderante.

En el 2016 Ediciones Cielonaranja recuperó su libro de ensayos *Veinte actitudes y una epístola*, originalmente publicada en la imprenta Rincón de la entonces Ciudad Trujillo, en 1945. Estábamos ante la primera obra de crítica artística en el país dominicano, un texto curioso donde se repasan pinturas y esculturas que al final deberían simbolizar temas críticos, entonces, como el de la libertad y la democracia. Como anexo a esa obra, se incluyeron cartas de la autora a Gabriela Mistral,

informándole sobre el escenario represivo en el país dominicano bajo la dictadura trujillista, y un llamado de atención para que no legitimara con su presencia semejante tiranía.

Ahora volvemos a lo más temprano de su producción literaria, a su primer poemario, *Alma adentro*, un hecho destacable porque al final Carmen Natalia no solamente fue una autora pendiente del afuera social y político, sino también una testigo privilegiada de su época, tanto por su sensibilidad como por su habilidad de expresarse originalmente.

Nacida en San Pedro de Macorís el 19 de abril de 1917 y fallecida en Santo Domingo el 6 de enero de 1976, a Carmen Natalia le tocó una vida de desarraigo. Primero, la de su familia trasladada a una ciudad pujante en lo económico y lo cultural, el primer puerto de la isla, la más desarrollada urbanamente y la más visible a la contemporaneidad.

Adolescente, nuestra autora se traslada a un Santo Domingo que ha pasado por los embates del ciclón de San Zenón (1930) y las proclamas de resurgimiento nacional del gobierno de Rafael Leónidas Trujillo. En 1936 Santo Domingo cambia a Ciudad Trujillo, demostración de que ya estábamos en una plena Era de Trujillo.

Publicada a sus veintidós años, en 1939, *Alma adentro* se convierte en una obra pionera dentro de la escritura de mujer dominicana. En ese mismo año, otra autora destacada —y mayor que Carmen Natalia— publica dos obras igualmente resaltables: *Ascuas vivas* y *Encuentro*, ambas de Delia Weber (1900-1982).

En 1939 podríamos hablar de cierto contexto de apertura del trujillato. La presencia de refugiados españoles de la Guerra Civil (1936-1939) y la llegada de algunos judíos europeos que ya les huían a los efectos de las proclamas nazistas y fascistas, le daban a Ciudad Trujillo cierto toque de cosmopolitismo. A ello debía agregársele el auge de autoras que permitían una lectura de género consciente de su fuerza, de sus ámbitos, de su voz propia.

Recordemos el impacto que para entonces tenían en nuestra literatura las letras de Gabriela Mistral y Juana de Ibarbourn, para sólo citar a las dos más destacadas. Tomemos también en cuenta el auge que habían tenido diversas asociaciones de mujeres, tanto en San Pedro de Macorís como en la capital dominicana, destacándose entre ellas la figura de Abigaíl Mejía (1895-1941).

Atenta a estas autoras, pero también ampliando su registro hacia amplios referentes, por donde se tenían en cuenta autores como José Martí y Rubén Darío, el talento de Carmen Natalia pudo encontrar tempranamente su voz y expresarse.

Alma adentro es una obra pionera, un referente de la gran literatura femenina dominicana.

Como si se tratara de un diario de vida, la obra comienza situando los mitos infantiles detrás de aquella poesía que debía tener una doxa moral. «En el país de las hadas» se titula el primer gran apartado de esta obra. Los mitos de Caperucita Roja y Blanca Nieves le permiten pensar los paradigmas del bien y del mal, la transformación de cierto destino en negativo que puede revertirse en cierto bien común.

*¿Por qué si me abriste sus puertas doradas
me has echado luego con mis fantasías?*

Más que llevar una literatura infantil a un plano de adultez, Carmen Natalia lo que hace es preguntarse sobre los alcances de la fantasía en la formulación de cierto buen orden de convivencia social.

*Que Aladino no pida más fastuosas riquezas,
que no exprima más vida el feroz Barba Azul,
que la horrible hechicera no festine más niños
y no engañe más almas el sutil Micifuz...*

Estamos ante una poética bastante curiosa, única, en la poesía dominicana. Regodeándose en esos planos que igualmente recuperan la inocencia de toda infancia, nuestra autora sabe tocar esos planos de violencia e injusticia social que si bien se han formulado en épocas oscuras de la Edad Media, tampoco tienen por qué seguir sin críticas.

No estamos ante una poesía definidamente «social», como podrían serlo otras –las de su paisano Pedro Mir, por ejemplo–, pero tampoco está soslayándose una mirada crítica hacia esa cultura autoritaria y violenta que nos media.

*Oh Señor, haz que el lobo no devore impiadoso
a la anciana abuelita que gimíó dolor...
¡Oh Señor, haz que el lobo no se engulla con ansia
a la tierna criatura que le habló de amor...!*

Con el título de «La hora azul» accedemos a la segunda parte del poemario. Aquí el aire recupera la décima popular pero también integra elementos de la fantasía del autor más leído en aquella recta final de los años 30, Federico García Lorca.

«Nochebuena» es un poema destacable. Dedicado al poeta y narrador Ángel Rafael Lamarche, es casi una respuesta a su gran dolor por la pérdida de la madre, que ya había sido testimoniada en su obra *Siempre: el libro de la madre muerta* (1938). Estamos ante un poema solidario, también de duelo.

*Amor llegó a los humanos y durmió sobre la paja...
Esa cuna, la más pobre, fue su primera Enseñanza...*

En «Tu palabra» se celebra el principio del diálogo. Más que un intercambiar conceptos, de apelar a un saber por el saber o un estar sin estar consciente de la estancia terrestre, para Carmen Natalia la palabra adquiere un principio de redención, aquella

claridad del bosque a la que apelaba María Zambrano en su célebre ensayo-poema.

*Como el suave rozar de unas alas,
de unas alas abiertas al Cielo y en el nicho dichoso ahuecadas,
así, muy blandamente, como el suave rozar de unas alas,
hasta el fondo del alma me llegó tu palabra...
Y mi angustia durmióse como un ave cansada...
Y mi voz se quebró en un espasmo de emoción indecible
y extraña...*

«La hora gris» es el reverso de esa segunda parte titulada «Azul». Como si fuese un viaje por cierta divina comedia tropical, nuestra poeta se orienta por el espacio de la soberanía frente a los dolores que tratan de reformarla, para su mal. Ahora son las partidas, las ausencias, las que conforman los paisajes, el horizonte como desdibujándose, pero así, claras las esferas de la propia palabra, como si al final tuviese que sacrificarse por un ideal de pensamiento propio.

*Cuéntame algún cuento, una dulce historia
que ahuyente el recuerdo de mi triste viaje...
¡Sola en la jornada! ¡Perdida en la niebla!
Pero ya hablaremos... Deja que Descanse.*

Estamos ante una poesía que lentamente va revelando esas finas mediaciones del horror dictatorial. Su cuerpo a la vez corporiza lo social. El mal de muchos será el mal de todos. Pero más que conformarse con un principio de pasividad, lo suyo es la resistencia.

En «Corazón» leemos:

*¡Qué loco es este pobre corazón que en mí anida!
No detendrá su ritmo la angustia de esta herida
que dejóme el vivir.*

*Y tendré que gritarle con la voz rota en llanto:
—«¡Corazón, tengo sueño, quiebra pronto el encanto:
cesa ya de latir...!».*

«Girones de cielo» conforma la cuarta parte de *Alma adentro*. Bucólico, infantil, Carmen Natalia está de vuelta en su San Pedro de Macorís natal, tal vez confirmando las suposiciones de Pedro en el prólogo a su poesía completa: más que el mar Caribe, el espacio íntimo de los macorisanos será el río Higüamo, esas aguas envolventes, que en el caso de la poeta eran casi el patio de su propia casa.

Con *Alma adentro*, Carmen Natalia realiza un viaje temprano por su vida misma, mostrándonos los más amplios planos de sus dudas, esperanzas, vivencias, saberes.

Estamos ante un poemario vibrante, al que deberíamos prestarle mayor atención, situando esos inicios luminosos de una poeta que junto a la creación también se asumió dentro de un decir libertario.

Junto a la narradora, a la ensayista, la militante y la autora infantil, con *Alma adentro* también podríamos considerar a Carmen Natalia como una de las poetas más amplias del siglo XX: fresca, donde su intimidad trasciende los egos, mostrándonos los puntos sensibles de su tiempo, estamos ante un poemario que por igual celebra la vida, sin miedo de asumir sus extremos, confiada en la palabra que salva, porque al final, tal vez seamos eso: palabras, muchas palabras.

Santo Domingo,
12 de marzo 2024



EN EL PAÍS
DE LAS HADAS



CAPERUCITA ROJA

Para Ana María Garasino.

Caperucita Roja, la del alma tan buena,
 lleva luz en los ojos y a su paso despiertan
 las blancas margaritas que cubren la pradera.
 Caperucita Roja halló al lobo en su senda,
 le contempló un instante con la mirada tierna
 de sus ojos azules, y le dijo con pena:

—«Manso lobo, estás triste y muy solo en la selva...
 ¿Es que acaso no tienes quién te aliñe y te quiera?
 ¿No hay caricias que endulcen la aridez de tu testa?».
 Y acercó al lobo fiero sus deditos de seda,
 y alisó blandamente la pelambre revuelta
 que cual manto erizado envolvía a la bestia.

Alzó el lobo los ojos de mirada antes fiera
 Y extasióse en la niña candorosa e ingenua.
 La miró largamente, con inmensa tristeza...
 —«Caperucita Roja, Caperucita buena,
 —dijo muy suavemente, inclinada la testa—
 tengo llanto en los ojos y me ahoga la pena».

Cuando vi que llegabas tan rosada y tan tierna
yo pensaba algo horrible que de angustia me llena.
¡Antes yo no sabía de caricias tan bellas...!
Caperucita Roja, Caperucita buena,
ven conmigo tranquila a través de la selva;
yo llegaré contigo a casa de tu abuela...

Romperé con mis dientes la apretada maleza,
ahuyentaré los lobos feroces de la senda
e iré tras tus pisadas como una mansa oveja...
Caperucita Roja, Caperucita buena,
yo cuidaré tus pasos con ternura muy nueva,
yo llenaré de besos y lágrimas tus huellas...

Mas déjame que sienta otra vez en mi testa,
dulcemente posados tus deditos de seda.
¡Antes yo no sabía de caricias tan bellas...!



CAPERUCITA AZUL

A Giovanna María Martínez.

A esta Caperucita de mi cuento de ahora,
¿sabéis cómo la llaman?...: Caperucita Azul...
Es la más pequeñita de las Caperucitas,
y canta con la aurora y ríe con la luz...

Esta Caperucita es amiga del Lobo,
le cuenta historias bellas y le invita a comer...
Y el Lobo ríe y ríe con su boca dentada,
y más torta de miel...

Esta Caperucita es la misma Alegría
que cruza por los prados como un rayo de sol...
Lleva en su cesto un rico tesoro de sonrisas,
y lleva melodías, aroma, trino, flor...

El Lobo es un chiquillo que quiere ser su aliado:
cantar con las auroras y reír con la luz...
Esta Caperucita es la misma Alegría,
(Lleva el Cielo en los ojos)... Caperucita Azul...



DULCE BLANCA NIEVES

Para Aida Trennert.

Dulce Blanca Nieves, desde mi regreso
no sé de ternuras ni sé de alegrías;
desde que he tornado, como un pobre preso,
mi corazón sueña con pasados días...

Tu castillo blanco hecho de alboradas
me ha embrujado el alma con sus armonías...
¿Por qué si me abriste sus puertas doradas
me has echado luego con mis fantasías?

A veces me digo que todo fue un sueño:
tu blanco castillo... tu rostro sedoso...
Y ansiando mis viejas locas alegrías,

—Dulce Blanca Nieves —digo sollozante—
tórname a tu reino tan solo un instante
¡aunque muera luego de melancolía...!



PLEGARIA

Para Guillermo A. Gowrie.

Y soñé que calzaba del gigante sombrío
las elásticas botas que eran alas al pie;
y tragando las cumbres y bebiendo los valles
al castillo encantado de los cuentos llegué.

Esmeraldas, rubíes y cerúleos zafiros
alfombraban los pisos de granito y marfil;
y del techo colgaban, como lámparas regias,
los diamantes plasmados en el oro del Rhin...

Era allí donde estaban, entre luces extrañas,
Cenicienta, Aladino y el feroz Barba Azul;
Caperucita Roja, el gran lobo del bosque
y los siete enanitos del castillo de luz.

Duendecillos callados, sutilísimas hadas,
Blanca Nieves, Piel de Asno, el gran mago Merlín,
y la bruja malvada de la choza de dulce
que ensoñó carnes albas en horrible festín.

Ofreciéronme todos sus mejores tesoros:
Aladino su lámpara fulgurante de luz;

el sutil zapatito que calzó Cenicienta
y sus botas aladas el gentil Micifuz.

Mas no quise obstinada recibir tales prendas...
Corrí loca hasta el cielo y le dije al Señor:
«Oh Señor, yo te pido como gracia infinita
que transformes los males en Bondad y en Amor...».

Que Aladino no pida más fastuosas riquezas,
que no exprima más vidas el feroz Barba Azul,
que la horrible hechicera no festine más niños
y no engañe más almas el sutil Micifuz...

Oh Señor, haz que el lobo no devore impiadoso
a la anciana abuelita que gimió de dolor...
¡Oh Señor, haz que el lobo no se engulla con ansia
a la tierna criatura que le habló con amor...!



LA BELLA DURMIENTE

No hagáis ruido, duendecillos;
callad, silfos y luciérnagas...
Sobre su lecho de encajes
la Bella Durmiente sueña...

Sueña por que hace mucho tiempo
una hechicera sombría,
vertió el licor de la Muerte
en su copa cristalina...

(Nuevo maleficio artero
de aquella bruja sin alma:
sombra del Mal en el reino
de los duendes y las Hadas...)

Pero la Bella Durmiente
tenía un Hada-Madrina,
que con una dulce lágrima
deshizo la hechicería.

Y la Muerte, conjurada,
se convirtió en dulce sueño...
Durmiéronse las palomas,
los cisnes y los corderos...

Sobre el enhiesto castillo
crecieron enredaderas,
y las rosas alfombraron
el lecho de la doncella.

Quedó silencioso el bosque,
y en tanto duerme la niña,
velan su sueño: la luna,
y la dulce Hada-Madrina...

No hagáis ruido, duendecillos,
callad, silfos y luciérnagas...
Sobre su lecho de encajes
la Bella Durmiente sueña...



EL PATITO FEO

(Paráfrasis)

Y rompió cada uno de los tiernos patitos
el blanquísimo encierro que le dio su calor
por espacio de días y de noches iguales:
todo sombra y silencio en la extraña prisión.

Mas quedóse uno dentro de su cárcel oscura
sin caricias del aire ni visión de lo azul,
y pasaban los días y las noches en sombra...
Y el patito aún dormía sin salir a la luz.

Y la madre amorosa le besaba con ansia,
y plegaba sus alas para darle calor...
Hasta que un dulce día se abrió lento el encierro,
y el patito anhelado a la vida llegó.

Era feo, sus plumas carecían de encanto.
No había luz en sus ojos ni donaire en su andar...
Y fue burla de todos, y fue risa y escarnio...
Mas tan solo a la luna él contaba su mal.

Impiadosos y crueles sus hermanos, robustos,
le acosaban, le herían, le llenaban de hiel...

Y en el alma dolida del endeble patito
fue creciendo la angustia y muriendo la fe.

Mas la madre amorosa elevó su plegaria:
«—Oh Señor, yo te pido con angustia febril,
que le des a mi pobre pequeñuelo sombrío
tu Piedad, y le hagas menos triste el vivir...».

«—Oh Señor, no ha nacido de mi entraña fecunda,
pero es mío, le quiero, su dolor es mi mal...
Oh Señor, él es bueno, ha sufrido y llorado...
¡Hazlo bello, hazlo grande con tu inmensa bondad...!».

Y de pronto el patito se levanta gallardo,
cobran gracia sus alas y donaire su andar;
su plumaje se torna afelpado y brillante,
y su cuello se alarga como lira triunfal.

¿Qué grandioso milagro le ha tornado en el ave
más hermosa y más bella que jamás existió?...
¿Fue la magia de un Hada o de un sabio hechicero,
o la gracia infinita de la mano de Dios?...

No lo supo el patito que extasiado palpaba
su plumaje de armiño pretendiendo soñar...
Solamente las frondas y los astros y el aura,
conocieron la honda, misteriosa verdad...

No lo supo el patito: su blanquísimo encierro
era un huevo de cisne más hermoso que el sol.
Su abolengo era rancio; legendaria su estirpe;
sus blasones la Albura, la Belleza, el Amor...

Solamente las frondas, y los astros y el aura,
conocieron la honda, misteriosa verdad.
Mas la luna hechicera, hostia blanca del cielo,
quedamente ha confiado su secreto a un zagal.

La romántica loca, obstinada, persiste,
en que Dios desde el Cielo escuchó la oración
de aquella ave tan dulce, que ahuecando sus alas
al patito feúcho dio Ternura y Calor...

Vieja pálida luna, hostia blanca del Cielo
que a la paz de los montes brindas suave tu luz,
a ti sola te digo mi escondido secreto:
también loca, obstinada, ¡pienso yo como tú...!



LA HORA AZUL



MAÑANITA CLARA

Mañanita clara, diáfana y risueña,
mañanita buena tan llena de luz;
deja que dormite sobre tu alba nube,
déjame mecarme en tu hamaca azul...

Mañanita clara cuajada de trinos,
mañanita rubia tan llena de sol;
deja que me arrulle con tu fresca brisa,
deja que en ti aduerma hoy mi corazón...

Mañanita clara como la pupila
de un divino ángel bañado de luz;
mañanita buena, llévame contigo,
llévame contigo prendida en tu azul.

Mañanita clara, no sabes el ansia
que tengo de asirme a un rayo de sol,
de bañar mis ojos en tu cielo inmenso
y arrullarme el alma con tu alba canción.

Mañanita clara, tengo el alma herida...
—iba por la senda y hubo un cardo cruel—
Mañanita clara, ciérrame la herida
con tus dedos de Hada, y así curaré...

Mas con la alborada seguiré mi senda,
que no importa el cardo ni importa el dolor,
si luego me llevas en tus alas diáfanas
¡a tu Cielo inmenso y a tu rubio sol...!



LA SIEMBRA

Traigo entre mis manos
un grano de trigo
 rubio como el oro.
¿En qué blando surco
siembro mi tesoro?...

Dura está la tierra
y en ella mi trigo
 morirá apretado.
¿Qué manos me ayudan
a hacer el arado?...

Ni las aguas buenas
se me dan en lluvia,
 y el dorado grano
se me está muriendo
en la inquieta mano.

Y yo quiero verlo
brotar en espiga
y darse cual nido...
Y yo quiero verlo
ser pan bendecido...

Pronto, el Hada-Buena
o Aladino el mago:
¡mi mejor amigo!
¡Venid a ayudarme
a sembrar mi trigo!...

En mi angustia loca,
de mis tristes ojos
brota acerbo llanto.
Y ¡oh magia divina!
¡Oh mágico encanto!...

Se ablanda la tierra,
se abre lento el surco
como un vaso de oro,
¡y en él ya dichosa,
siembro mi tesoro!

¡Oh, Señor, bendice
con tu Amor la siembra
que tuvo el remojo
del acerbo llanto
que nació en mis ojos!...



RESURRECCIÓN

A mi tío José Antonio Bonilla Atilas.

Al clarear el día continué mi ruta,
los ojos cansados de tanto mirar...
Al venir el día continué mi marcha,
el alma extenuada de tanto soñar...

Llevaba en mis labios la salmodia triste
del que no ha vaciado su copa de hiel...
Llevaba en mi oído la angustiosa queja
del que no ha sabido de aromas ni miel.

Mis manos crispadas temblaban de angustia,
del dolor intenso de no saber dar...
Mis plantas heridas sangraban, sangraban,
y nuevas espinas tornaban a hallar.

Mas llegó a mi oído melódico trino...
¿De un ave, de un ángel? De fijo no sé...
Alcé a Dios los ojos, contemplé los cielos,
y su azul bendito se infiltró en mi ser.

De entonces mis plantas no saben de espinas,
de entonces mi labio se abrió a la canción,
y hubo nuevas luces en mi inquieta vida,
¡y nuevas dulzuras en mi corazón...!



NOCHEBUENA

Para Ángel Rafael Lamarche.

Por aquel que vino al mundo para redimir al hombre,
bebe, Hermano, de mi vino... Comparte mi cena pobre...

Olvida que cada día renace un nuevo Iscariote
—llaga incurable y eterna que mancha la faz del Orbe—

Olvida que el Mal existe —eterno dolor humano—
y hablemos de la dulzura de Belén y de los Magos...

Amor en el Universo... Amor llegó una mañana...
—blancas carnes de azucena que el mismo Dios amasara—.

Amor llegó a los humanos y durmió sobre la paja...
Esa cuna, la más pobre, fue su primera Enseñanza...

Hablemos, Hermano, hablemos... Recordando
aquel milagro,
no se odiarán hoy los hombres y el Mal estará quietado.

Mientras exista el recuerdo de aquel pesebre callado,
quizás llore el Iscariote su beso... ¡Quién sabe, Hermano!

Mientras exista la Gracia de aquel bendito recuerdo,
¡cantemos, Hermano, el mundo, conserva el beso del Cielo!...



LA MANO QUE DA

Para Atala y Viriato.

Tiéndese la mano con dulzura extrema,
como una apacible flor de Caridad;
tiéndese y ofrece la limosna santa.
Es mano que da...

Tiéndese la mano con ternura inmensa,
palpitante y llena de dulce bondad;
tiéndese y ofrece su caricia blanda.
Es mano que da...

Tiéndese la mano con gracia divina,
rebotante y plena de Amor y Piedad;
tiéndese y restaña la ardorosa herida.
Es mano que da...

¡Señor, yo te pido que a mis pobres manos,
huérfanas de olores y de suavidad,
les des la bendita gracia con que ungiste
la mano callada del que sabe Dar...!



MI RISA

Para Margarita Contín Aybar.

Disuelta en la brisa
Se me va la risa
—cascabel de plata de argentino son—...
No sé dónde nace, ni sé por qué vino,
solo sé que siento su temblor divino
dentro el corazón...

Viajero, Viajero
que pasas de largo por este sendero,
detén tu vagar...
Escucha mi risa,
que envuelta en la brisa
con su tintineo te quiere alegrar...

Viajero, Viajero,
detén la jornada...
Déjame decirte lo feliz que soy...
No sé por qué río... No sé ni me importa...
pero así, Viajero, la senda es más corta
y riendo yo voy...

Viajero, Viajero,
detén la jornada
y escucha mi risa de argentino son...
No sé donde nace ni sé por qué vino,
mas desde que siento su temblor divino
¡yo voy desgranando por todo el camino
la loca alegría de mi corazón...!



INVENCIBLE

En mi dicha ensañados los rencores humanos,
con sus garras de acero destrozaron mis manos,
y gritaron: «¡Las rosas del florido sendero
no podrás ya arrancarlas!»... Y triunfantes rieron...

Mas yo quedo tranquila,
porque siento que al punto
la belleza y la gracia de las rosas divinas,
en milagro deslumbran
mis cansadas pupilas.

Por mi triunfo cegados los rencores humanos,
me arrancaron los ojos y gritaron: «¡En vano
lucharás por ver rosas! ¡No tendrás su caricia
ni su rico perfume!...». Y fue horrible su risa.

Mas yo quedo tranquila,
porque siento que al punto
un ensueño naciente embalsama mi herida,
y en grandioso prodigio
se me da en rosas vivas.

Iracundos, airados, los rencores humanos
me rodean, me acosan... Son feroces sus manos...
«¿Ah ese ensueño maldito en tu alma ha nacido?...».
Y la exprimen rabiosos...Y su risa es rugido...

Mas yo quedo tranquila,
porque siento que al punto
mientras huyen vencidos —ya perdida la risa—
los humanos rencores
que azotaron mi vida.

De las fibras dolientes de mi alma extenuada,
otro ensueño ha surgido como nueva alborada.
¡Y oh prodigio infinito! En las rosas más bellas
me hace ver el milagro de tornarlas estrellas.

Porque el ala bendita
de mi ensueño naciente
con mi pena y mi angustia y mi llanto fue ungida...
¡Y mi alma más sueña
cuanto va más herida...!



HAZ QUE FLOREZCAN MIS MANOS

Para el canónigo Luis Federico Henríquez.

Señor que todo lo puedes,
Señor que todo lo das,
haz que florezcan mis manos
y prodiguen sin cesar...

Llénalas de dulcedumbre,
llénalas de suavidad;
haz, Señor, que sean mis manos
nidos de amor y de paz...

Haz que en ellas mis dolores
ahonden surcos de bondad,
y que las ternuras siembren
en mis dedos su aletear...

Haz que florezcan mis manos
en un incansable Dar...
¡Haz que florezcan mis manos
y prodiguen sin cesar...!



DARSE

En el álbum de María Estela.

Darse cual la brisa, sin saber a quién:
al árbol, al nido, al espino cruel...
Darse plenamente, darse como el sol,
que al lodo y al ave brinda su calor.

Darse como el agua que riega la mies,
y baña al cerezo igual que al ciprés.
Darse, siempre darse en aroma o sol,
en brisa y en agua, en dulce Canción...

Darse en un perfume: nardo o azahar,
azucena, lirio... Darse en un Cantar...
Darse en armonías, trino y vibración...
Darse, darse toda en Arte y Amor...

Y hacer que al conjuro de un mago sutil
(De dedos oscuros y blanco marfil)
el alma remonte a la azul región
donde hay luz y trinos, Belleza, Ilusión...
¡Y en alas de ensueño duerma el Corazón...!



TU PALABRA

Como una dulce lágrima caída
en la aridez de un cardo, así, como una lágrima,
me llegó tu palabra, blandamente, hasta el fondo del alma...
Hasta el fondo del alma me llegó tu palabra
como un beso piadoso que en mi frente dejaras...

Estaba triste y sola,
y el peso de mi angustia me agobiaba...
Estaba triste y sola en el sendero, muy triste y muy cansada.
Pero así, blandamente, sin que yo la soñara
como un beso piadoso me llegó tu palabra,
tu palabra que es trino, y es arrullo y plegaria...
Tu palabra que tiene la dulzura del beso,
la tibieza del nido, la frescura del agua...

Como el suave rozar de unas alas,
de unas alas abiertas al Cielo y en el nido dichoso ahuecadas,
así, muy blandamente, como el suave rozar de unas alas,
hasta el fondo del alma me llegó tu palabra...
Y mi angustia durmióse como un ave cansada...
Y mi voz se quebró en un espasmo de emoción indecible
y extraña...

Perdona mi silencio... Perdona que callara...
Era tanta mi dicha, era tanta,
que temí fuera mi sueño muy frágil
que al rumor de mi voz se quebrara...

Estaba triste y sola...
Muy triste y muy cansada...
Pero así, blandamente, me llegó tu palabra,
como un beso del Cielo, como dulce plegaria
que naciendo del alma por tus labios pasara...
Así, muy blandamente,
como el suave rozar de unas alas...

¡Oh ternura infinita de tu dulce palabra!
Para siempre la llevo como un rezo en el alma,
palpitando en mi risa, tremolando en mis lágrimas,
suavizando mi pena con su blanda caricia,
con la blanda caricia de tu dulce palabra...

Estaba triste y sola...
Muy triste y muy cansada...
Pero así, blandamente,
hasta el fondo del alma me llegó tu palabra...
Y mi triste pupila que opacara la angustia con sus trágicas
alas,
se agrandó deslumbrada...
Me sentí resurgida... como transfigurada...

Hoy... no sé si fue un sueño que yo misma forjara
en mi loca ansiedad de alboradas...
Mas no importa, en mi alma,
guardo aquella caricia infinita de tu dulce palabra...

De tu dulce palabra que es trino, y es arrullo y plegaria,
y que así, blandamente, sin que yo la soñara,
me llegó como un rezo, hasta el fondo del alma...
Así, muy blandamente,
como un beso del Cielo... como el suave rozar de unas alas...



LA HORA GRIS



NO DIGAS A NADIE

No digas a nadie tu intensa amargura,
no digas a nadie tu acerbo dolor,
no digas a nadie que en húmedas noches
has llorado a solas tu ausencia de sol...

No digas a nadie que tu angustia es loca,
que una pena oculta taladra tu ser...
No digas a nadie que tu cielo es negro
ni que tu garganta se abrasa de sed...

No digas a nadie que sufres y lloras,
que ni ríe tu labio ni canta tu voz,
no digas a nadie que te duele el alma
ni que anhelas, loca, cielo, espacio y sol...

No digas a nadie tu intensa amargura,
no digas a nadie tu acerbo dolor.
¡Sonríe ante el mundo y acalla el gemido
que brota angustioso de tu corazón...!



MARTIRIO

A Cecilia Giudicelli.

Martirio de martirios el que llevo en el alma:
saber que de mis manos no ha brotado una flor...
Saber que de mi choza no ha partido un viajero
sin mi triste regalo: dolor y más dolor...

Martirio de martirios, yo te llevo en el alma,
y te siento en mi vida, calcinando mi ser...
Prisioneros dolientes en tus gélidas redes
hoy sollozan sin alas mis ensueños de ayer...

Martirio de martirios, yo te llevo en el alma...
—Destrocé en toda senda los naranjos en flor—.
Este llanto en mis ojos lo exprimí tu amargura...
Esta mueca en mi labio la marcó tu dolor...

Martirio de martirios, yo te llevo en el alma,
abiertos tus dos brazos —cruz impuesta a mi ser—.
Voy dejando en mi gólgota la sangre de mis venas
que quise dar en rosas, mas no pude ofrecer...

Oh cruz de mi martirio, yo te llevo en el alma...
Se agiganta la angustia, se acrecienta el dolor...
Doblada voy, sin fuerzas, sin luz en mi negrura,
mas me aferro a tus brazos —¡Oh la cruz del Señor!—.

Y mi rostro en el polvo del camino infinito,
pido a Dios: «¡No me quites el dolor de esta cruz...
Pero haz otra la causa de mi triste martirio:
que no reciba nada... mas déjame ser luz...!».



EL ENSUEÑO ROTO

Se ha trizado en mis dedos, como un ánfora leve,
un ensueño hilvanado con los rayos del sol;
se ha trizado en mis dedos, que al mirar su torpeza,
se han crispado en silencio, con intenso dolor.

Se ha trizado en mis dedos, como un búcaro frágil,
un ensueño tejido con girones de azul;
se ha trizado en mis dedos, y la brisa implacable
se ha llevado las briznas, que han flotado en la luz.

Se ha trizado en mis dedos, como un vaso doliente,
un ensueño forjado con la miel de un panal;
se ha trizado en mis dedos, que, de angustia torcidos,
se han cerrado sin ansias de otro ensueño alcanzar.

Y reclaman en vano los perdidos despojos
de ese ensueño hilvanado con los rayos del sol...
¡Para unir esas briznas yo daría a mis manos
de mis venas la sangre convertida en dolor...!



DEJA QUE DESCANSE

Deja que descanse... ¡Traigo tal fatiga!...
Fue largo el camino, fue pesado el viaje...
Me hirieron las zarzas y azotóme el viento.
Pero ya hablaremos... Deja que descanse...

Quisiera dormirme aquí, blandamente,
dormirme olvidando mi angustioso viaje...
¡Qué triste jornada, sin luz y sin calma!...
Pero ya hablaremos... Deja que descanse...

Siento aquí en el alma una angustia inmensa...
Tal vez sea el recuerdo de mi amargo viaje...
¡Sentí tanto frío! ¡Lloré con tal pena!...
Pero ya hablaremos... Deja que descanse...

Cuéntame algún cuento, una dulce historia
que ahuyente el recuerdo de mi triste viaje...
¡Sola en la jornada! ¡Perdida en la niebla!
Pero ya hablaremos... Deja que Descanse...

Y tal vez... ¡quién sabe!... así, suavemente,
me quede dormida y emprenda otro viaje...
Un viaje muy largo, por una amplia senda...
Pero ya hablaremos... deja que Descanse...



CORAZÓN

¡Qué loco es este pobre corazón que en mí anida
y va marcando lento las horas de mi vida
impasible y tenaz!

Aunque el dolor le oprima y le estrujen los males,
y su sangre emponzoñen los tosigos mortales,
él sigue su compás...

A veces parecióme destrozóle un gemido
—¡tan terrible fue el golpe!— y alocada he sentido
detenerse su andar...

Pero al punto retorna su latido invariable,
que no importan los golpes del dolor implacable
para hacerlo callar...

¡Qué loco es este pobre corazón que en mí anida!
No detendrá su ritmo la angustia de esta herida
que dejóme el vivir.

Y tendré que gritarle con la voz rota en llanto:
—«Corazón, tengo sueño, quiebra pronto el encanto:
¡cesa ya de latir!...».



HOY SOY AVE CANSA DA

Ayer, cuando hasta el cielo
mi vuelo remontaba,
y sentía entibiarse mis plumas
a la blanda caricia del sol,
que dulce me besaba...
Ayer, cuando sentía
la ansiedad de vivir palpitando en mis alas,
y gocé la pureza del cielo,
del arroyo y del aura...
Ayer, cuando mis trinos
al espacio volcaba,
ebria de azul y lumbre;
yo quería volar aún más alto
y agitaba afanosa las alas...
Yo quería ser luna o estrella
en el Cielo engarzada,
yo quería brindarle a ese Cielo
mi ternura de hermana...
Avecilla feliz, en el vuelo
yo llevaba mi mundo de ensueños,
mi mundo de ensueños prendido en las alas...

Pero hoy, todo es sombra,
angustia, fatiga y nieve en el alma...

El viento puso frío de hielo en mis entrañas,
y no pude ser luna ni estrella
en el Cielo engarzada...

Hoy soy ave que espera,
con el ansia de vuelo dormido en las alas...
Hoy soy ave que sueña con el sueño de siglos,
con el sueño sin alba...
Hoy soy ave cansada...



REVELACIÓN

Para Maritza Alonso.

No me preguntes cómo... No importa cómo fuera...
Quizá un presentimiento fugaz me lo dijera...

No me preguntes cuándo... No podría decirte...
Tal vez un día de esos en que el alma está triste...

No me preguntes dónde... Ni yo misma lo sé...
Aquí o allá... ¡Quién sabe!... ¡Quién sabe dónde fue!...

No me preguntes nada... Los recuerdos me
espantan...
Vi el abismo insondable abierto ante mis plantas

y tuve la certeza de que en él me hundiría...
¿Por qué?... Nunca lo supe... ¡ni lo sé todavía...!



DE REGRESO

Aquí estoy de regreso, muy triste y cansada.
Aquí estoy de regreso, con mis viejas nostalgias,
con los mismos ensueños de antes,
con idénticas ansias...

Fue corta la jornada,
pero en ella encontré mucha nieve que cubrióme el alma...
Fue corta la jornada,
pero en ella perdí las sandalias,
y sentí el aguijón de los cardos clavarse en mis plantas...

A mitad del camino infinito
percibí tu llamada... Era un grito...
Y volví lentamente, agobiada
por un fardo de angustia inmensa,
con los ojos sin lumbre, con la frente inclinada
sobre el triste sendero... Con las manos crispadas...

Aquí estoy de regreso... Pero he visto tu puerta cerrada.
Y me encuentro más sola que antes,
y la calle está envuelta en tinieblas,
y me siento extenuada...

¿Acaso no quisiste que tornara?...
¿Por qué entonces tu puerta para mí está cerrada?...

Aquí estoy de regreso, muy triste y cansada.
Aquí estoy de regreso, con mis viejas nostalgias,
con los mismos ensueños de antes,
con idénticas ansias...

Pero en vano me acerco a tu puerta...
Para mí está cerrada.
Volveré nuevamente a mi viaje,
otra vez volveré a la jornada,
y al final llegaré en un instante, quizá antes del alba...

Pero... ¿qué?... ¿Me has llamado...?
¿No quieres que parta?
¿Que no quieres emprenda otro viaje
por regiones extrañas?...

Bueno... entonces me quedo...
¡Tengo tantas ansias de aquietar el alma!...
¡Traigo tal fatiga de mi cruel jornada!...
Pero... el frío me hiela... abre pronto la puerta...
¡Vengo tan cansada!...

Y con este, mi grito de angustia, me sorprende el alba...
Y tras ella la noche sombría,
y después otra nueva alborada...

Pero en vano... Tu puerta permanece cerrada,
y yo fuera, en la niebla, como una desterrada...
Toda una eternidad clamando inútil...
Toda una eternidad ante tu puerta para mí ya cerrada.
Cerrada para siempre... Tristemente cerrada...



MI DOLOR EN TUS OJOS

Desde el fondo de unos ojos luminosos
me miran dos pupilas angustiadas:
es mi propio dolor el que se esconde
tras la serenidad de tu mirada.

Es mi propio dolor, que en tus pupilas
pone el húmedo brillo de las lágrimas...
Mi dolor en tus ojos luminosos
destrozándome, de lejos, las entrañas...

Tal vez no sepas nunca mi martirio
e ignores siempre mi incurable pena:
que más me hiere mi dolor de siglos
cuando se esconde en tu mirada buena.



LA DICHA

Viniste quedamente —dulce visión alada—,
me ofreciste el apoyo de tu mano de seda,
y conmigo marchaste por la abierta vereda
tornándose, a tu influjo, la noche en alborada.

A tu paso el guijarro convirtiéndose en estrella,
el cardo en rosa viva, la charca en limpia fuente...
Marchando así, contigo, la senda era un riente
jardín que florecía al soplo de tu huella.

Mas de súbito, alada, te perdiste en lo arcano,
dejando entre mis manos la huella de tu mano
y el supremo recurso que jamás presentí,

de mirarte de lejos como un girón de Cielo,
de mirarte y seguirte con este desconsuelo
de saber que ya nunca marcharás junto a mí...



LA SUPREMA LEY

Llegó, pálido, el viajero
ante las puertas del Cielo...
Y habló el Señor: «—Di, ¿quién eres?...
¿Qué buscas en este reino?...».

—«Busco, Señor, un refugio.
Vengo rendido, extenuado...
Llevaba luz en el alma,
mas la Vida me ha cambiado...

Cumplí tu Ley en el mundo,
seguí tu santa palabra:
amé y sufrí... Y hoy regreso
buscando la paz del alma...».

—«Mi Ley dice más, Viajero...».
—«Tuve piedad del vencido,
calmé la sed del sediento
y al extraviado di abrigo...».
—«Mi Ley dice más, Viajero...».
—«Cuando punzóme una espina

no la maldije... Tan solo
tendí a ti mi mano herida...».

—«Mi Ley dice más, Viajero...».
—«Di la sangre de mis venas...».
—«Aún no he trazado tu signo...».
—«Ábreme, Señor, ¡tu puerta!...».

—«Viajero, triste Viajero,
vuelve de nuevo a tu senda...».
—«No puedo, Señor, es larga
y el cansancio me doblé...».

—«Mi Ley dice que esa senda
has de andarla noche y día...».
—«¿Aún sin luz y sin abrigo?...».
—«Esa es mi Ley en la Vida...».

Y allá va, triste, el Viajero,
como un extraño fantasma...
Allá va, sin luz ni abrigo,
ni una ilusión en el alma.

Allá va, pálido y triste...
La senda es áspera y larga...
La senda es dura y sombría,
pero es la Ley... ¡y hay que andarla...!



QUIERO HALLAR EL MISTERIO...

Quiero hallar el misterio que oculta mi destino,
quiero encontrar la causa de mi sino fatal.
Cada rosal que toco se convierte en espino,
cual si fueran mis manos dos látigos del mal.

Quiero ahondar el embrujo que ha inquietado mi vida
y saber por qué sufren los que vienen a mí;
saber por qué les hiero, si mi mano extendida
solo lleva las flores de mi interno jardín.

Saber por qué mi risa suena rota y amarga,
conocer el origen del dolor que me embarga
torturando mis horas con su sordo clamor...

Y saber por qué sueño con la paz de los cielos
si mis manos no pueden alcanzar sus anhelos
¡y la vida me niega sus rosales en flor...!



PERSUASIÓN

De amasijo triste formaron los hados
este corazón;
como rudo garfio llevo en él prendido
mi viejo dolor...
Quizás sea una pena que yo misma ignore
de donde surgió,
pero va conmigo como arcilla amarga
doquiera voy yo...

De amasijo triste formaron los hados
este corazón...
Hasta en la alegría tienen sus latidos
ecos de dolor...
Tal vez en sus fibras se arraigue una pena
loca y sin razón,
pero me persigue como sombra inquieta
doquiera voy yo...

De amasijo triste formaron los hados
este corazón...
¡Y saber que siempre llevaré en su entraña
mi viejo dolor...!
¡Y saber que nunca retendré en mis dedos
—triste persuasión—
el absurdo ritmo que impiadoso mueve
este corazón...!



LAS INCIERTAS PALABRAS

Como gotas de acíbar cayeron lentamente
—cada gota un gemido— las inciertas palabras...
Cada gota un gemido y una fibra del alma...
¡Cómo sentí la angustia retorcer mis entrañas
con sus garras de acero!
¡Cómo sentí romperse cada fibra del alma
al golpe inesperado de unas cuantas palabras!...

Así, en un breve instante —apenas un latido
del corazón cobarde— el mundo tomó formas
de trágicos abismos...
Así, en un breve instante, se destrozó mi vida
y rodaron al suelo mis castillos de ensueño.
Unas cuantas palabras en mi alma caídas...

Unas cuantas palabras,
y con ellas la vida disuelta en un gemido,
en un sollozo amargo, en una acerba lágrima...
¡Cómo sentí la hondura de los negros abismos!
¡Qué horrenda la pavora que me inundó la vida
cargándola de siglos!...

Después... ¿Qué importa todo?... Noche o día es lo mismo...
La luz del sol no llega hasta mi sombra,
esta sombra perenne desfallecida en gritos...

Y es inútil que trate de librarme
de este horrible martirio,
que a través de la sombra y a través de los siglos,
llevaré a mi garganta, como un collar de lágrimas
—cada cuenta un sollozo y una herida en la entraña—
una a una engarzadas las inciertas palabras...

Las inciertas palabras
que fueron en mi vida como gotas de acíbar,
aquellas que cayeron lentamente...
—cada gota de gemido y una fibra del alma—
aquellas que me hicieron descender al abismo
y sentir que mi vida se llenaba de siglos,
de siglos y de lágrimas...

Las inciertas palabras
que jamás presentí... Yo ignoraba
que una vida pudiera troncharse, tal como una rama,
así, en un breve instante,
al golpe inesperado de unas cuantas palabras...



POBRE CORAZÓN MÍO

Pobre corazón mío que has esperado tanto
para esta la hora de tu compensación...
Pobre corazón mío que has sufrido el quebranto
de ver rota, deshecha, tu más bella ilusión.

Yo fui tu propia cárcel, mi voluntad tu yugo;
tronché tus alas blancas que imploraban la luz...
Para tus locas ansias fui inclemente verdugo,
fui tu espina punzante, fui tu lanza y tu cruz...

¡Pobre corazón mío que has esperado tanto...!
Ha llegado la hora que anulará el quebranto
y dará nuevas alas a tu muerta ilusión...

¡Pero ahora al dejarte como un pájaro al viento,
ebrio de azul y lumbre, Corazón, yo presiento
que tornarás sangrando a tu vieja prisión...!



¿POR QUÉ?

Para Fabio Fiallo.

¿Por qué?... Tiembla en mis labios la pregunta incierta
que me llenó de sombra el pensamiento...
¿Por qué?... Nadie responde... Nadie...
Y es horrible el silencio
que se lleva mi voz por los caminos
guardando su misterio...

¿Por qué?... En vano grito interrogando al Cielo...
—Sobre mi espalda, el peso de mi angustia
parece que empujará me hasta el suelo—
Y estoy cansada de variar la ruta
buscando la respuesta...
¿Por qué?... Silencio... Desolador silencio...

Acaso no halle nunca quien responda...
Acaso he de llevar sobre mis hombros,
por todos los senderos,
el peso abrumador de mi pregunta,
como una cruz de hierro...

Acaso no halle nunca quien responda...
Acaso el mismo Cielo,
—otras veces regazo a mi congoja,
arrullo en mi desvelo—
guardará para siempre su misterio...

Y en tanto yo persisto en mi pregunta
a través de los ásperos senderos:
¿Por qué?... Silencio... —tinieblas en el alma—
Desolador silencio...



ANGUSTIA

No conozco el origen ni comprendo la causa
de esta angustia infinita que aprisiona mi alma...
En sus manos de hierro va estrujando mis horas,
y la siento en mi Vida comprimiéndola toda.

No conozco el origen de esta angustia perenne
que me anuda en sus brazos y me llena de fiebre.
En mi piel el contacto de sus hórridos dedos
va marcando arabescos como sierpes de fuego.

No conozco el origen de esta angustia implacable,
pero siento su garra destrozando mi carne,
arrancando uno a uno los ensueños del alma
y exprimiendo en mis ojos el dolor de las lágrimas.

¿Qué Hechicero sombrío ha arrojado a mi senda
esta angustia terrible que mi Dicha se lleva?...
No lo sé... ni me importa; solo clamo dolida:
«¡Desatadme este nudo que retuerce mi Vida!...».



GIROÑES DE CIELO



ALELUYA

Para Ana María Fiallo.

Fue en un pesebre callado y tuvo por toda cuna
un montón de paja fresca salpicada por la luna.

«¡El Niño Rey ha nacido!... ¡Venid todos los pastores!...».
anunciaron las trompetas... «¡Venid a traerle flores!...».

Con sus suaves rizos rubios dormía el Niño tranquilo,
y ante el portal los pastores se llegaron con sigilo.

Y arrodillados y mudos le adoraron largamente,
y la cabeza inclinaron y oraron calladamente.

Ante el portal un lucero irradiaba su luz suave...
Ante el portal se detuvo a ver al Infante un ave...

Y tres camellos elásticos llegaron en caravana,
Y tres reyes descendieron... Era clara la mañana...

«¡El Niño Rey ha nacido!...» anunciaron los pastores.
Y mezclaron el incienso y la mirra sus olores.

Y le adoraron los magos, los pastores y las aves,
y las flores le envolvieron en sus perfumes más suaves...

Y el Niño Rey aún dormía, y cuando alzó las pestañas,
hubo un grito de aleluya que resonó en las montañas...



MÍRAME

Mírame las manos, dulce Madrecita...
¿Hay en ellas algo que no sea caricia?...
 La copa del árbol
 siente la frescura
 que le da la brisa...

Mírame los labios que un día me diste...
¿No se mueven siempre para bendecirte?...
 La dulce avecilla
 percibe el gorjeo
 del polluelo triste...

Mírame los ojos —por ti siempre abiertos—
¿No siguen tu rastro por todo el sendero?...
 La rosa de Mayo
 siente el beso tibio
 del sol mañanero...

Mírame muy hondo, muy hondo en el alma...
Mírame hasta el fondo vivo de la entraña...
 La luna penetra

las profundidades
de las aguas mansas...

Mírame hasta el alma, Madrecita buena...
Es triste tu niña, muy triste y enferma,
mas para quererte
tiene el alma blanca
como una azucena...



ABUELO

Para mi abuelo Rolando Martínez.

Abuelo, préstame tus manos buenas
y enséñame a abrir surcos en la tierra.
Dame ese gesto noble de entregarse
sin que el propio dolor lastime o hiera.

Abuelo, préstame tus claros ojos
y enséñame a mirar siempre a los cielos.
En mi pupila absorta y opacada
la grata lumbre de tus ojos quiero.

Abuelo, préstame tu voz serena
y enséñame a decir tus leyes santas.
Reivindica mi inútil existencia
perpetuando en mis labios tu palabra...

Abuelo, Abuelo, préstame un instante
tu corazón inmenso como el Cielo...
Enséñame a querer a los que arrojan
piedras e insultos sobre mi sendero.

Abuelo, Abuelo, préstame un instante
tu noble corazón para quererlos...
Para quererte a ti... yo tengo el mío...
¡Y qué inmenso su amor mi dulce abuelo...!



OJITOS

Ojitos, dulces ojitos
que miráis tan angustiados;
¿pedís el pan que os niegan
los malvados?...

Ojitos, dulces ojitos
que miráis con tanto duelo;
¿pedís a Dios un pedazo
de su Cielo?...

Ojitos, dulces ojitos
que miráis tan pesarosos;
¿pedís flores a los prados
tan hermosos?...

Ojitos, dulces ojitos
que miráis con tanta pena;
¿pedís rayos a la luna
que es tan buena?...

Ojitos, dulces ojitos,
¿queréis pan o cielo o flores?...
¿O luz que os suavice blanda
los dolores?...

Ojitos, dulces ojitos
que miráis con emoción;
por no veros nunca tristes
ni angustiados,

¡os daría como ofrenda
el corazón!...



EL DIVINO MILAGRO

(Poema de Navidad)

Para don Alberto.

Era bello como el Cielo,
rubio como la mañana,
aquel dulce pastorcito
que el rebaño apacentaba.

Sobre el risco y el barranco,
en el valle y la montaña,
siempre siguió tras las huellas
de sus ovejitas blancas.

Aquel dulce pastorcito
soñaba mucho, soñaba
con luces deslumbradoras
y apariciones extrañas;

con sublimes melodías
que albos seres entonaban;
con azucenas y lirios
y alondras de leves alas...

En el villorrio apartado
y en la aldehuela cercana,
las mozas y los zagales
de sus sueños se burlaban...

Y el pastorcito sufría,
y el pastorcito lloraba,
y pedía al Dios del Cielo
que sus sueños realizara...

Fue una dulce mañana,
fue una gentil alborada:
una estrella luminosa
su tenue luz irradiaba...

Y tras ella fuese absorto,
la pupila deslumbrada.
Ante el divino milagro
dejó prisionera el alma:

Sobre un quieto montoncito
de paja suave y dorada,
sonreía una criatura
blanca y bella como el alba.

Eran sus ojos luceros
y su sonrisa alborada...
Celeste coro invisible,
melodías entonaba,

y el espacio estaba lleno
de alondra de leves alas,

y de trinos y de aromas
y vibraciones fantásticas...

Ante el divino milagro
posternóse la mañana,
y con ella el pastorcito
lleno de emoción extraña.

«Señor, déjame adorarle,
déjame ofrecerle el alma...
Yo soñé con el milagro
mientras la luna brillaba...».

«Señor, déjame adorarle,
me echaré sobre la paja.
Mis ojos solo los quiero
para mirarle la cara...».

Escuchó el Señor su ruego
desde entonces —¡Oh su Gracia!—
brillan suaves en el Cielo
dos nuevas estrellas blancas...



FANTASÍA

—Ven... Una historia de duendes
te contaré... Silencio...
(Las manos de la abuela
semejan mariposas cansadas de volar...)
Ven aquí a mi regazo... Reclina tu cabeza
sobre mi hombro... Empiezo...
(Las manos de la abuela se duermen como besos
en los bucles del nieto, rubio como un trigal...)
¿Sabes la historia blanca de la Reina del Bosque?...
(Su voz suena quebrada, como una rama seca...)
Era una Reina bella como un sol, y tenía
verdes los ojos, verdes como gotas de mar...

—¿De mar, abuela?... ¿Pero es verde el mar?...
—Hijo... verde unas veces... Otras veces azul...
—Cuando el cielo le besa se torna azul, ¿verdad?...
—Sí. Prosigo: tenía aquella Reina
una corte de Hadas y un palacio de oro y de cristal...
—¿Y todavía existen Hadas, abuelita?...
—Sí existen... pero muy lejanas...
—¿Y yo no podría verlas?...

—Hijo...

(Las manos de la abuela
tienen ahora vagos temblores de inquietud...)
Sí... puedes verlas...
Cuando duermes tranquilo... cuando sueñas...
Las Hadas huyen de la luz...

—Tendrán manos de seda,
así como las tuyas, abuelita...
Su voz será una música, así como tu voz...
Tendrán los ojos claros y brillantes y hermosos,
así como tus ojos... Ojos llenos de azul...
¡Qué bonitas deben ser, qué bonitas, abuela...
así... como eres tú!

—Hijo... (Las manos de la abuela,
secas y descarnadas, parece que han sentido
el hálito infinito de la Vida...). Hijo...
(Las manos de la abuela
recorren extasiadas la blonda cabecita
rica de Fantasía...). Hijo de mi alma...
Aunque no duermas... aunque estés despierto,
¡siempre verás las Hadas...!



ARRULLO

Viniste con la aurora, niño mío;
bajaste con la luz...
Hoy el sol me parece más brillante
Y el Cielo más azul...

En mis manos quisiera más ternura
para estrecharte a ti...
Para estrechar tus suaves carnes albas
quiero ser más sutil...

Viniste con la aurora, niño mío;
como un rayo de sol...
Te has prendido en mi vida para siempre,
allá en mi corazón...

Con mis lágrimas acerbas un rosario
formaré para ti...
Jugarás con mi llanto y a tus ojos
no haré más que reír...

Viniste con la aurora, niño mío;
como un beso de Dios...
Nada podrá arrancarte de mi vida
ni de mi corazón...



EL SUBLIME TEMOR

Dime tú, Madrecita, ¿por qué en vano
tiendo los brazos hacia el Cielo inmenso
sin lograr alcanzar su azul lejano?

¡Está tan alto, tan alto y tan distante...!
¡Hay tanto espacio entre su azul glorioso
y mis manos abiertas e implorantes!...

Dime tú, Madrecita, ¿por qué el Cielo
está tan lejos de mis pobres manos
y tan distante de mi loco anhelo?...

Calla, mi bien y duerme, que hace frío...
¡Qué cosas tienes!... Calla... no delires...
Duérmete junto a mí... duerme, bien mío.

¿El Cielo?... Sí, muy alto... y muy lejano...
También a veces yo he querido asirlo,
pero jamás lo alcanzarán mis manos...

¿Mas qué te digo?... Duerme ...viene el día...
Duérmete junto a mí... descansa... sueña...
El Cielo está muy alto, Vida mía...



POR EL NIÑO

Tú, el de los labios puros recién abiertos
 con la palabra «Madre»;
 tú, el de los claros ojos que solo vieron
 amor, ternura y besos;
 tú el de las manos suaves,
 no posadas aún en el espino... Tú eres puro,
 puro como la brisa y como el cielo...

Tú, el que no hubiste aún oro en las manos
 ni conoces los odios de los hombres;
 tú el de la casta frente que aún conserva
 el beso del Divino... Tú eres puro,
 y llevas en el alma blancura de vellones...

Me arrancaré las manos
 para limpiar de espinas el sendero que pises...
 Te seguiré sonámbula
 para alejar las duras saetas que te arrojen
 los míseros humanos...
 Iré como tu sombra... Seré como tu huella
 por todos los caminos...
 No detendrá mi marcha la piedra ni el gusano...

Por conservar la santa blancura de tu alma,
yo agostaré mis rosas y quebraré mis ansias...

Y cuando me detenga, ya extenuada,
y me tienda a dormir el sueño eterno
sobre la verde hierba del sendero;
¡te seguirá mi amor, como un arrullo,
en la dulzura blanca de mi verso...!



BIOGRAFÍA DE CARMEN NATALIA MARTÍNEZ BONILLA



Es una reconocida escritora, poeta, dramaturga y novelista. Nació en San Pedro de Macorís, República Dominicana, el 19 de abril de 1917 y falleció en Santo Domingo el 6 de enero de 1976.

También fue periodista, líder feminista y promotora de los derechos de los dominicanos y luchadora antitrujillista.

Fue colaboradora de varios periódicos y revistas de Santo Domingo como *La Opinión*, *Listín Diario*, *Analectas*, *La Poesía Sorprendida* y *El Caribe*.

La autora era hija de Andrés Martínez Aybar y de Carmen Julia Bonilla Atilas. Junto a sus hermanos José Rolando, José Antonio, Carmen Julia, Isabel y Andrés, quienes fueron opositores del régimen de Rafael Leónidas Trujillo, militó en la Juventud Democrática, organización inspirada en el

pensamiento del patriota Juan Pablo Duarte, líder de la independencia dominicana.

En 1950, Carmen Natalia se exilió en Puerto Rico, para eludir las persecuciones políticas a que fue sometida por parte de la tiranía.

Mientras residía en Puerto Rico, dirigió la revista *Ventanas* y escribió gran parte de sus obras. Allí creó poemas fundamentales para la literatura dominicana y se proyectó en el exterior.

Tras la caída de la tiranía trujillista, Carmen Natalia retornó a República Dominicana. Fue designada embajadora alterna en la Organización de las Naciones Unidas y posteriormente representante alterna en el Consejo de la Organización de los Estados Americanos (OEA), presidenta de la Comisión Interamericana de Mujeres en las Naciones Unidas y delegada de República Dominicana en la junta directiva del Unicef.

Escribió las obras *Alma adentro*, *Un hombre tras las rejas* (sobre la dictadura) y *Llanto sin término por el hijo que nunca ha llegado*, que ganó el primer premio en poesía del Ateneo de Puerto Rico.

También fue la autora de *El milagro de la Epifanía*, *Estampas de la vida de María*, *Ha caído un anillo al mar*, *El retorno de la reina Mab*, *Luna Gitana* y adaptaciones de *La Cenicienta* y *La Bella Durmiente*, como obras de teatro infantil. Como narradora, creó las novelas *La Victoria* y *Cristóbal*.

Alma adentro, de Carmen Natalia Martínez, de la colección
«Clásicos Dominicanos. Serie III. Poesía», del Instituto Superior de Formación
Docente Salomé Ureña, se terminó de imprimir en noviembre de 2024, en los talleres
gráficos de Editora Búho, con una tirada de 750 ejemplares.
Santo Domingo, República Dominicana.

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS

Serie I. Narrativa

Cartas a Evelina

Francisco E. Moscoso Puello

Crónicas de Altocerro

Virgilio Díaz Grullón

Cuentos cimarrones

Sócrates Nolasco

El montero

Pedro Francisco Bonó

Enriquillo

Manuel de Jesús Galván

Guanuma

Federico García Godoy

La fantasma de Higüey

Francisco Javier Angulo Guridi

La sangre

Tulio Manuel Cestero

Over

Ramón Marrero Aristy

Trementina, clerén y bongó

Julio González Herrera

Serie II. Ensayos

Análisis de la Era de Trujillo

José R. Cordero Michel

El nacionalismo dominicano

Américo Lugo

Feminismo

Ercilia Pepín

Idea de Bien Patrio

Ulises Francisco Espaillat

Ideario feminista

Abigail Mejía

Imágenes del dominicano

Manuel Rueda

Invitación a la lectura

Camila Henríquez Ureña

La República Dominicana, una ficción

Juan Isidro Jimenes Grullón

La utopía de América

Pedro Henríquez Ureña

Perfiles y relieves

Federico García Godoy

Seis ensayos en busca de nuestra expresión

Pedro Henríquez Ureña



Otros títulos de esta Serie III:

Ascuas vivas

Delia Weber

Canciones de la tarde

Fabio Fiallo

Clima de eternidad

y otros poemarios

Franklin Mieses Burgos

Compadre Mon

Manuel del Cabral

Eva en extremaunción

Melba Marrero de Munné

Hay un país en el mundo

y otros poemas

Pedro Mir

El poema de la hija reintegrada

y otros versos

Domingo Moreno Jimenes

Poesías

Salomé Ureña

Una mujer está sola

y otras poesías

Aída Cartagena Portalatín



**Instituto Superior de
Formación Docente
Salomé Ureña**

Calle Caonabo esq. C/ Leonardo da Vinci
Urbanización Renacimiento
Sector Mirador Sur
Santo Domingo, República Dominicana.

T: (809) 482.3797

www.isfodosu.edu.do



@isfodosurdo



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS SERIE III. POESÍA

ISBN: 978-9945-639-39-1



9 789945 639391